

# EL CÓLERA MORBO ASIÁTICO

Y LA

## MEDICACIÓN SULFUROSA

POR EL

DR. FRANCISCO ARRÓ TRIAY

MÉDICO-CIRUJANO.



BARCELONA.

IMPRENTA DE VÍCTOR BERDÓS Y FELIU.

TAPINERÍA, 17.

1884.

1032, exp. 2

# EL CÓLERA MORBO ASIÁTICO

Y LA

## MEDICACIÓN SULFUROSA

POR EL

DR. FRANCISCO ARRÓ TRIAY

MÉDICO-CIRUJANO.



BARCELONA.

IMPRENTA DE VÍCTOR BERDÓS Y FELIU,  
TAPINERÍA, 17.  
1884.



R. 23345

INSTITUT DE CIÈNCIES MÈDIQUES

ASSOCIACIÓ DE MÈDICS

BARCELONA

## ADVERTENCIA PRELIMINAR.

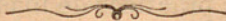
---

Un opúsculo mas sobre el cólera, hoy que tanto se ha dicho y escrito, discutido y publicado sobre tal enfermedad, parecer pudiera una extemporánea presunción, ó una superfluidad extravagante en nosotros, cuando nuestro nombre por su ningún valor carece de cotización en el mundo científico, y es nuestra personalidad harto pobre garantía para reclamar siquiera para este folleto los honores de una atención profunda. Persuadidos, empero, de que ante la amenaza de un conflicto sanitario, conviene que se aunen las fuerzas y se pongan en lista cuantos medios sirvan para contrarestarla; nos creeríamos reos de lesa humanidad no allegando al centro común de defensa un recurso, del que en épocas calamitosas nos hemos servido, que tenemos por bueno, y que cuenta además con la confirmación experimental de distinguidos y sesudos observadores.

Este recurso, decimoslo con franqueza, se lo debemos al doctor Debreyne, uno de los prácticos de mas talla del presente siglo, quien en Marzo de 1854 publicó una *Nueva teoría del cólera epidémico*, cuya traducción vió la luz en la *Alianza farmacéutico-médica*, periódico que á la sazón dirigian en esta ciudad los Dres. Quet y Sámano, y que hoy reproducimos á continuación; ya para rendir un tributo de respeto al Médico-filósofo que tanto trabajó por la salud de sus semejantes, ya para avivar la amortiguada memoria de un plan terapéutico, merecedor, en nuestro concepto, de ser mas conocido y ensayado.

Enemigos de llevar las cuestiones fuera de su terreno, con lo cual solo se consigue indigestar al público con materiales que no son para su paladar, ni convienen á su estómago; convencidos de que la publicación en periódicos no científicos de asuntos de pura incumbencia profesional mas contribuyen al desprestigio que al lustre de la ciencia; hemos preferido la forma de folleto para dirigirnos á nuestros comprofesores, único tribunal que estimamos competente para juzgar con acierto de nuestras apreciaciones. A ellos, pues, van dirigidas estas páginas y de su imparcialidad esperamos que si desgraciadamente se presenta la ocasión, ellos con sus observaciones sabrán corroborar ó desvirtuar nuestro entusiasmo por la medicación sulfurosa.

*Setiembre de 1884.*



NUEVA TEORÍA  
DEL  
CÓLERA EPIDÉMICO  
Ó TIFO DE ASIA

CON UN TRATAMIENTO CURATIVO Y PROFILÁCTICO

TAMBIEN NUEVO.

---

EXPERIRE.

Cuando, algunos meses hace, la epidemia del cólera, después de varias oscilaciones de aumento y disminución según el grado de temperatura, pareció por fin definitivamente extinguida, bajo el influjo de una fuerte helada, anuncié; con el tono de la certeza, que el virus *animado* del azote solo se hallaba envarado y adormecido por la intensidad del frio; pero que en el mes de Marzo próximo, se reanimaría y despertaría para consumir la obra fatal de su reproducción y de su aclimatación, tanto á lo menos como puede hacerlo fuera de sus playas nativas, ó de las cenagosas orillas del Ganges.

Si al principio del invierno una gripe epidémica (calentura catarral de los antiguos, ó á lo menos de los semi-antiguos) hubiese invadido Paris, y se hubiese extinguido en medio de la estación fria, ¿á quien se le hubiera ocurrido anunciar la reaparición de la misma epidemia por el mes de Marzo siguiente? Seguramente, á nadie. ¿Y porqué? Porque todo el mundo está convencido de que la gripe epidémica no es contagiosa, y que una epidemia no contagiosa, una vez extinguida no se reproduce más en la misma estación, atendido que su miasma *inanimado* queda destruido con ella en la misma localidad donde ha nacido y se ha desarrollado, y en los individuos que ha acometido; mientras que una epidemia contagiosa, producida por un virus *animado* se extiende á lo lejos por medio del contagio, ó por su multiplicación espontánea. Esto es lo que constantemente se ha observado en las diversas invasiones del cólera asiático, en el cual el virus *animado* no muere en los individuos, al contrario, se reproduce en ellos y se comunica á otros individuos aptos para recibirlo, y así consecutivamente como mejor se verá luego. Este es el motivo porque el cólera ó el tifo asiático es contagioso, como todos los demás tifos, á saber: el tifo común ó el tifo de Europa, el tifo de América ó fiebre amarilla, el tifo de Oriente ó la peste. El tifo de Asia ó el cólera exótico forma el cuarto.

Estos cuatro tifos, para mi, son contagiosos; y los tres primeros lo son

igualmente para todo el mundo, ó á lo menos para la gran mayoría de los médicos.

Procuremos, pues, ahora probar etiológicamente la naturaleza y el carácter contagioso del cólera, porque aquí solo se trata del cólera epidémico ó tifo de Asia.

Estoy intimamente convencido, dice el Dr. Brochard, que llegará el día en que todo el mundo confesará la propiedad contagiosa del cólera, y creo, conforme lo ha dicho el profesor Velpeau (*Bull. de l' Academie de médecine*, t. 24. p. 340), que con el tiempo se verá que la misma Academia abrazará dicha opinión. *Du mode de propagation du cholera*, Memoria presentada á la Academia de Medicina de Bélgica y premiada por la misma, pag. 63.

Pero, para mejor establecer y probar la propiedad contagiosa, ó si se quiere, la propiedad de transmitirse el cólera, remontémonos un poco á su origen y á su etiológica trasmisión á Europa. El cólera no nos vino hasta que los rusos comunicaron por tierra con la India. Desde unos tres siglos que la Europa tiene relaciones comerciales con el Asia *por mar*, jamas tal azote habia podido atravesar el Océano. Las tripulaciones, en aquel entonces, de los buques europeos á menudo han sido acometidas del cólera, ya en las orillas del Ganges, ya en la mar, y no las ha dejado sino después de haber agotado en ellas toda su primitiva actividad; el virus colérico se ha extinguido, pues, en el mar, á falta de nuevos individuos en medio de los cuales hubiese podido alimentarse y reproducirse. Debe creerse que si la materia virulenta animada del cólera se pega como la peste á las mercancías y á las materias inanimadas, no puede permanecer en ellas virtualmente vivo durante cuatro ó cinco meses, que es el tiempo que ordinariamente emplea un buque para pasar de la India á Europa. En los dos ó tres viajes que dicha plaga ha hecho por el territorio europeo, siempre ha seguido la línea de comunicación de los ejércitos rusos, y se le ha visto marchar de jornada en jornada por las líneas habitadas hasta Moscou, para esparcirse desde allí por el resto de Europa. Luégo se ha detenido en las ciudades mas populosas y comerciales y á donde se dirige el mayor número de viajeros, como son las Anseáticas, Berlin, Lóndres, Paris, Burdeos, Madrid, etc.

El tifo de Asia ó el cólera es, pues, efecto de un virus, y por consiguiente es contagioso; y siendo así, ¿porqué no detenerlo en su marcha, cuando menos en su segunda invasión? Debiera hacerse aun más de aquí en adelante; privarle el paso al territorio europeo rompiendo toda rápida comunicación con la India «El cólera asiático, dice Hufeland en su *Medicina práctica* se propaga por contagio y por reproducción miasmática progresiva.» Faltaba decir *por virus*, ó materia animada. Pero pronto se proporcionarán otras pruebas en favor de mi tesis.

Es cierto que hay epidémias que atacan las plantas. Estas enfermedades epidémicas, ó si se quiere epifíticas, son producidas por millares de animales parásitos, que atacan los vegetales para alimentarse con ellos y en ellos regenerarse. ¿No puede suceder otro tanto con respeto á los animales y aun al hombre? Indudablemente, y hé aquí que al momento se presenta la sarna con su arador. Sin conocer la doctrina de M. Hameau sobre los virus, habia ya escrito, en una de mis obras el pasage siguiente: «El aire está lleno de ellos, (de animalillos), sus huevos circulan por los canales de los vegetales y por la sangre de los animales, y al momento que las circunstancias son favorables á su desarrollo anuncian su presencia y su multiplicación al infinito por medio de síntomas constantes é invariables. No veo que puedan hallarse en otra parte sino en estas generaciones invisibles de animales, y aun de vegetales, las enfermedades que asolan nuestros ganados y nuestras mieses, (las

epizoóticas, las enfermedades de las patatas, de las viñas, de los olivos, de los lúpulos, de las remolachas, etc). ¿Y no puede sospecharse la misma causa en algunas epidémias humanas cuyos síntomas y marcha son siempre los mismos? (*Théorie biblique de la cosmogonie et de la géologie*, 1848).

Los diferentes virus visibles que conocemos, tales como los de la sarna, de la viruela, de la vacuna, de la sífilis, de la rabia, etc, producen siempre, en cuanto á su fondo, los mismos efectos, á semejanza de sus congéneres, los animalillos parasíticos que atacan á los vegetales. Es preciso pues que las materias virulentas tengan un principio de vida, supuesto que obran como los animalillos parasíticos, porque solo los seres animados son los que pueden nutrirse y regenerarse siempre del mismo modo. Puede pues, decirse que todos los virus, visibles ó invisibles son materia animada y parasítica, que difiere esencialmente de los tósigos, de los venenos y de los miasmas. Estos tres últimos se descomponen al obrar, pierden toda su actividad, no salen de los cuerpos en que han entrado, y no pueden regenerarse en otros cuerpos, ni *viajar*. De este modo se pierden en el individuo que han infectado y mueren sin posteridad, es decir sin dar origen á otros productos iguales á ellos. De aquí la *incontagionabilidad*, ó si se quiere, la *intrasmisibilidad* de las calenturas intermitentes producidas por los miasmas pantanosos inanimados. Comprendo aquí todos los tósigos minerales y vegetales y los venenos animales, es decir, sus cualidades químicas y naturales, como los venenos de los crótalos, de la víbora, etc., los tósigos de los vegetales, del manzanillo, de las upas, etc.; finalmente, los miasmas ó exhalaciones que se desprenden de los pantanos, etc. Los efectos de todos estos agentes tóxicos jamás pueden reproducirse en otros cuerpos; no son pues, comunicables, ni contagiosos, ni viajeros.

La materia animada, visible ó invisible, se hace notar siempre por tres caracteres esenciales é indelebles; el contagio, la incubación y la multiplicación. Todas las causas de enfermedades que ofrezcan estos tres caracteres son virus, y por consiguiente estas mismas enfermedades serán contagiosas ó trasmisibles.

Las principales enfermedades virulentas son las siguientes: la sarna, la sífilis, la rabia, la viruela, la vacuna, el sarampión, la escarlatina, la tiña, el sudor miliar, la lepra, la pelagra, el tifo de América ó calentura amarilla, el tifo de Oriente ó peste, y el tifo de Asia ó el cólera, etc. Tal vez podría añadirse la calentura tifoidea, cuando reina en *los departamentos*. Lo mismo que las calenturas eruptivas, parece que, según se dice, solo ataca una vez en la vida.

Todas estas enfermedades contagiosas y viajeras son, pues, debidas á un virus. Esta sola facultad de viajar en una enfermedad es suficiente para establecer su carácter contagioso (1). Finalmente todos los virus, como á

(1) Tal vez se dirá que la gripe epidémica viaja también, pues se le ha visto recorrer toda la Europa. Yo contesto que entónces un principio miasmático había infectado la masa general del aire; y la prueba que en estas epidemias de gripe no existe virus, sino un simple miasma atmosférico, es que las epidemias de gripe no se desarrollan sino durante el invierno ó la estación fría, precisamente entónces que las epidemias virulentas ordinariamente no se manifiestan; porque los virus invisibles, como los del cólera y de los demás tifos necesitan cierto grado de calor para reanimarse y recobrar toda su actividad.

Este es el porque no se manifiestan, no se desarrollan y no se multiplican sino en la primavera y en verano. En cuanto á los virus visibles, como los de la sarna, de la sífilis, de la vacuna, de la rabia, etc., se comunican, como se sabe, en toda estación.

Si alguna vez los virus invisibles son importados en alguna localidad en otoño ó al principio del invierno pronto se extinguen, ó se envaran por efecto de la helada. Esto es lo que se ha visto este invierno en París relativamente al cólera, que se manifestó,

materia animada, obedecen una ley general de la naturaleza, en virtud de la cual cada ser viviente proporciona, hasta á expensas de su existencia, á otros seres todos los elementos de su desarrollo y de su generación. (Véanse los *Estudios sobre los virus* por el Dr. Hameau, *Revue médicale*, 1847.) Este trabajo notable y muy poco conocido me ha sido muy útil para la composición de este artículo. Véase también la obra del Dr. Brochard, arriba mencionada, en la que la propiedad contagiosa del cólera parece perentoriamente probada por numerosos hechos y una severa lógica. No pudiendo reproducir aquí el resúmen de los citados hechos, me limito á esta observación sencilla. El estado sanitario de un pueblo es excelente; no se halla sujeto á ninguna influencia epidémica, cuando llega á dicha localidad un individuo de una comarca donde reina la epidemia colérica. Al cabo de algunos dias, dicho individuo es atacado por el cólera, y muy luégo las personas que le han asistido son igualmente acometidas por la enfermedad. (Este es un hecho que frecuentemente se ha demostrado.) A menudo el mal se limita aquí, si la familia infectada habita una casa aislada.... ¿Cómo con el sistema de la influencia epidémica y de coincidencia puesto hoy día delante se explicarán estos casos aislados? Preciso es notar, de paso, que mucho mejor se demuestra el carácter contagioso en el campo que en las poblaciones.

Cuatro palabras mas sobre los virus. Ya en 1813, el doctor Nacquart habia escrito, en el gran *Diccionario de ciencias médicas*, estas notables palabras. «Esta base de todo contagio, este principio, este gérmen, lo llamo virus, y digo que es contagioso. Lo que tiene lugar en una sola enfermedad contagiosa, estamos obligados á admitirlo para las demás enfermedades contagiosas, sean las que fueren, por razón de que fenómenos semejantes suponen necesariamente una causa idéntica. No temo pues adelantar que todo contagio es debido á un virus».

Según el Dr. Hunault de Angers, el cólera sería producido por un virus perteneciente á la clase de los virus exantemáticos.

Pero se dirá tal vez de donde proceden esos virus animados. ¿Proceden de la putrefacción que se desarrolla en las riberas del Ganges? Se originan en la putrefacción, y no de la putrefacción; porque la putrefacción nada produce por si misma, ni es una causa productora, únicamente es la condición de la producción y de la existencia de ciertos seres animados. Todo procede de gérmen: *Omnia ex ovo*. Y ya que estos virus son animados y vivientes, se sigue de esto que han sido criados; existen bajo la forma de animalillos invisibles, gasiformes y atómicos, y pertenecen por consiguiente á la creación *microcómica* cuya naturaleza misteriosa nos escapa completamente. ¿Y que es lo que conocemos del mundo microscópico? Casi nada en comparación de lo que nos es desconocido.

Vengamos ahora á la aplicación de los principios ó de la teoría que acabo de exponer. Ya que los virus son animados, viven y por consiguiente pueden matarse. Ahora bien, que es lo que mata todos los insectos ó animalillos parasíticos? Es particularmente el mercurio. Este mata todos los parásitos visibles, tales como el de la sarna, de la síflis, de la viruela, etc.

Hace mucho tiempo que se ha observado, que los trabajadores que en su profesión empleaban mercurio, se hallaban exentos de ciertas enfermedades contagiosas. Se ha observado igualmente que los venéreos que usaban el mercurio eran menos aptos para contraer otras enfermedades virulentas.

creo, hácia últimos de Octubre ó á principios de Noviembre del año último. Si en este mismo año se hubiese manifestado en Marzo ó en Abril, como en 1832 y en 1849, muy probablemente se habría ensañado en Paris durante todo el verano, y se habria propagado á lo léjos como en 1832 y 1849.

«En ciertas fábricas donde se maneja el carbón animal, el azufre ó el mercurio, no se ha manifestado el cólera. La ciudad de Idria, vecina á una mina de mercurio, ha quedado preservada también, como algunas personas sometidas al tratamiento mercurial. Todo esto se ha atribuido á las propiedades insecticidas de los diferentes vapores emanados de dichas sustancias» (Dalmas. Dict. de Médecine). Mas he aquí un hecho aún mas notable. Los tres hospitales de París destinados mas particularmente á los venéreos, á saber; el hospital del Mediodía, el de Lourcine, y la cárcel de San Lázaro han quedado más ó menos preservados del cólera. (Esto lo escribí y publiqué en Mayo de 1849, pero mas adelante se verá que actualmente, Marzo de 1854, nuevas observaciones me autorizan á hacer una nueva é importante adición.) La inmunidad del hospital del Mediodía, es decir el hospital principal de venéreos, que quedó ya probada en 1832. Entónces solo murieron en dicho hospital coléricos que no cabian en los demás hospitales; pero ningún venéreo contrajo en él el cólera. Los venéreos de Val-de-Grâce se hallan también preservados del cólera. M. Ricord, en su numerosa clientela de venéreos de la ciudad, no ha tenido ningún colérico. M. Vidal que proporciona estos detalles afirma haber observado lo mismo. Añádanse á esto los numerosos felices resultados que con los preparados mercuriales se han obtenido ya contra el cólera. De aquí el uso de los calomelanos á alta dosis en Inglaterra, en Rusia, y en Alemania; de aquí también los buenos efectos alcanzados por M. Serres con el uso de las fricciones mercuriales y del sulfuro negro de mercurio al interior.

Leo en el número de Junio de 1849 del *Journal des connaissances médico-chirurgicales* el pasaje siguiente: «La comunicación de M. Vidal (de Cassis) relativamente á la virtud profiláctica del mercurio contra el cólera, ha dado lugar á una viva adhesión por parte de M. Robert, antiguo médico del lazareto de Marsella. Este ilustre médico observó una inmunidad semejante en los venéreos de dicha ciudad durante la epidemia de 1835. En cuanto á las propiedades curativas del mercurio, las cree suficientemente probadas con diez y ocho observaciones en que con las fricciones mercuriales obtuvo una curación radical casi instantánea. Las fricciones deben hacerse en el bajo vientre y en las pantorrillas, con una dosis de unguento mercurial que no sea menor de treinta gramos cada vez. Una fricción con ocho gramos no suspende los calambres sinó momentáneamente. M. Robert, mientras menciona diez y ocho casos felices solo dá los detalles de dos de ellos, de cuya lectura resulta para nosotros, que el único efecto bien evidente de las fricciones mercuriales es la cesación de los calambres. M. Robert, se apoya en la autoridad del Dr. Carbonel, médico del hospital de Aix quién da cuenta de diez y seis curaciones, obtenidas en veinte y cuatro horas, con la combinación de dos métodos, el opio en bruto al interior y las fricciones mercuriales en los puntos indicados. La dosis de estas últimas la ha llevado á cuatro y hasta seis onzas en algunas horas. M. Carbonel añade que no pretende establecer que todos los coléricos friccionados con el unguento napolitano puedan curarse; sinó que los calambres siempre han cedido, y hasta con bastante prontitud, cuando han sido combatidos con vigor.

«No debe sin embargo olvidarse que la simple sobadura, que las fricciones solas bastan muy á menudo para calmar los calambres y debe tomarse en cuenta esta observación, asi como la siguiente, para apreciar bien la acción del mercurio sobre los calambres.

«En cuanto á los efectos del mercurio contra el cólera mismo, referimos ya, en el número de Abril de 1848, según el Dr. Godlewski de la Dordogue, un

caso de curación por medio de las fricciones mercuriales. El enfermo se hallaba en el período algido y asfíctico.

«Las fricciones mercuriales forman parte del tratamiento de M. Serres, y se emplean también en muchos hospitales. En la ciudad, á muchos de nuestros profesores les han producido excelentes resultados, hasta el punto de atribuirles las felices curaciones que obtienen. A lo ménos afirman que desde que se sirven de este medio, salvan enfermos de más gravedad que los que sucumbían otras veces.»

He olvidado decir que dicho periódico hace observar también en el mismo número de Junio, que en París la epidemia respetaba siempre el hospital del Mediodía, pero no los de Lourcine ni de San Lázaro. Esto prueba únicamente que hay cierto número de casos excepcionales que resisten á la ley común, ó que el tratamiento mercurial era incompleto ó demasiado débil ó que había sido reemplazado por otros remedios como el yoduro de potasio, la zarzaparrilla, etc., ó en fin, que el mercurio solo es verdaderamente insuficiente para preservar del cólera ó para curarlo, lo que me parece muy probable. Al último de esta noticia se hallará el mercurio combinado con otro agente muy activo, que pronto será tal vez un medio de un poder terapéutico de mucha energía.

Ha debido verse, según todo lo que precede, que mi opinión es decididamente favorable al contagio del cólera asiático; y que lo es como los demás tifos, por un virus animado. Sin duda, uno se acerca, trata, cuida y toca á los coléricos, muy á menudo impunemente, del mismo modo que se toca y trata á los tifódicos ordinarios. El contagio no es ni puede ser absoluto; en medicina no hay nada absoluto. ¿Cuántos enfermos acometidos del tifo mas contagioso he tocado yo; cuánto tiempo no he pasado en medio de ellos en 1813 y 1814 sin haber cojido jamás el tifo? Sin embargo, muchos médicos han sido acometidos del tifo de Europa como muchos otros lo han sido también por el tifo de Asia ó por el cólera. Por otra parte, mas arriba se ha visto el modo de desarrollarse é importarse el cólera morbo en Europa. Sino fuese contagioso como los demás tifos, no habría podido venir hasta nosotros como sus congéneres contagiosos, la peste en Marsella, la fiebre amarilla en España, la sífilis y la viruela en Europa, etc.

En 1849, como á medida profiláctica contra la invasion del cólera epidémico, propuse, en mi *Ensayo analítico y sintético sobre la doctrina de los elementos morbosos etc.*, un simulacro de tratamiento mercurial enteramente sencillo é inofensivo, á fin de impregnar abundantemente la masa de la sangre de una cierta emanación ó vapor mercurial que la hiciere repulsiva ó destructora de la materia animada del cólera, como se la hace antipática á la viruela por su impregnación vacuna. Transcribo aqui el método preservativo tal como lo consigné en mi *Ensayo analítico etc.*

«Cuando la epidemia se halla aún á cierta distancia de la localidad que se habita, aconsejo hacer todas las noches, acostarse, una ligera fricción en el sobaco, con una porción del tamaño de una avellana (4 gramos), de unguento gris, unguento mercurial simple con un octavo de mercurio solamente). Al dia siguiente se hace la unción en el otro sobaco, y así se sigue alternativamente. Se debe ser exacto en no omitir ni un solo dia esta pequeña y fácil operación. Al momento que uno se halle inmediatamente colocado bajo el influjo epidémico, ó mas bien en presencia del azote se aumentará la dosis del unguento. Entonces podrá emplearse el unguento napolitano á la misma dosis y del mismo modo.»

De este modo empleé el mercurio en 1849, en un gran número de personas, á fin de preservarlas del ataque del cólera epidémico. Ninguna tuvo el

cólera, aunque se hubiese acercado bastante á nuestra localidad, como á cuatro, tres y hasta dos leguas. Tampoco nos acometió en 1832, á pesar de haber invadido cruelmente á Mortagne y Aigle, como en 1849, y esto que entonces (1832) no recurrí á otros medios preservativos que á los sacados de la higiene física y moral. Según todo lo que acabo de decir sobre el mercurio, naturalmente me hallo inducido á emplearlo en todos los períodos del cólera, á imitación de los ingleses, rusos, alemanes y de M. Serres. Lo propongo, pues, bajo la forma de calomelanos ó dosis alta, y bajo la de fricciones mercuriales con el unguento napolitano. Según M. Thielman, médico en jefe del hospital de San Pedro y San Pablo, en San Petersburgo, cuando el cólera se halla completamente desarrollado, nada hay mas eficaz para detener los vómitos que los calomelanos á la dosis de 10 centigramos con 50 de goma arábiga, tomados con agua de nieve, cada media hora, hasta que el vómito remita; después de lo cual se continúan aun durante algun tiempo los calomelanos á media dosis, es decir, á 5 centigramos cada media hora desleídos en agua muy fria ó mejor, si es posible, con nieve. Los calomelanos administrados con estas condiciones, añade el doctor Thielman, parece que detienen instantáneamente la secreción viciosa de la serosidad de la sangre, que el pulso y el calor se elevan de nuevo, y el enfermo se restablece fácil y prontamente.

Los preparados mercuriales son también á propósito para operar una cierta deplasticación de la masa de la sangre.

Con el fin de modificar el estado del sistema nervioso y de combatir los calambres, propongo añadir á los calomelanos el extracto de belladona bajo la siguiente fórmula:

R.	Calomelanos al vapor. . . . .	4 gramos.
	Extracto de belladona. . . . .	20 centigramos.
	Goma tragacanto. . . . .	c. s.
	M. y h. 48 píldoras.	

Una cada media hora. Al mismo tiempo se harán fricciones con la tintura de belladona en los miembros atacados de calambres.

He aquí por lo tocante á lo pasado, ó relativo á las dos invasiones de cólera de 1832 y 1849. Ahora nos hallamos de frente con la nueva epidemia de 1853-1854. Una nueva fase epidémica se desarrolla á nuestra vista. Nuevos hechos con nuevas observaciones terapéuticas se han presentado y me han conducido, por vía inductiva, á hacer sufrir á mi tratamiento mercurial una nueva y notable modificación. Vengamos luego al hecho.

Léese en la *Unión Médicale* núm. 7, Marzo de 1854, que el Dr. Constant, médico de una fábrica de pólvora, á consecuencia de una investigación ha averiguado que durante dos epidemias de cólera, los trabajadores polvoristas habian gozado de una inmunidad completa. En las seis fábricas de pólvora situadas en las localidades invadidas por el cólera, hay ocupados ciento ochenta obreros en dicha industria. Pues bien! de estos hombres que generalmente viven sin guardar ninguna regla higiénica, pero que los dias que trabajan los pasan en un lugar casi cerrado y en que un polvo extremadamente tenue, formado por los elementos de la pólvora, se halla constantemente en suspensión en aquella reducida atmósfera, solamente dos se vieron acometidos por el cólera, si bien *trabajaban como de costumbre*, lo que equivale á decir que verdaderamente no padecian el cólera. Hace notar el Dr. Constant que la inmunidad observada es tanto mas notable si se considera que con frecuencia los obreros polvoristas suspenden sus trabajos y se ocupan en otras faenas, no respirando entonces las emanaciones sulfurosas. Otro trabajador de una constitución débil, que habia padecido dos veces la disenteria y que á menudo co-

metía excesos en la bebida, fué acometido del cólera y se curó, si bien que su enfermedad no fué grave. Es preciso también tener en cuenta que había faltado á la fábrica durante ocho días por haber tenido que cuidar á uno de sus hijos atacado del cólera. En ambos casos debe creerse que el azufre respirado por aquellos obreros durante los días que trabajaron en la elaboración de la pólvora fué el único preservativo que les salvó. De lo dicho se infiere que si los ciento ochenta obreros polvoristas hubiesen sufrido la influencia de la epidemia del mismo modo que los demás habitantes, debían haberse registrado á lo menos diez y seis casos de cólera, en vez de los tres casos indicados, y aun estos, como se ha visto, fueron muy inciertos y mal definidos.

Mas he aquí otros hechos curiosos é interesantes que se refieren á los que acaban de mencionarse.

El Dr. Canolle, refiere, en el periódico de M. Martín Lauzer (*Revue de thérapeutique médico-chirurgicale* del 1.º de Marzo de 1854), que hallándose encargado durante algunos días de una sala de coléricos convalecientes, «no tardé, dice, en experimentar la influencia de la enfermedad reinante, cuyos síntomas adquirieron un día una gravedad que me indicó una intoxicación profunda: cámaras frecuentes, calambres, náuseas, palidez extremada de la cara, lentitud considerable del pulso, sudor frio, y sobre todo sentimiento de debilidad radical. Los vértigos que experimenté fueron tales, que mis pasos eran tan irregulares como los que ocasiona la borrachera. Vuelto á mi casa apresuráme á echar á las ascuas azufre sublimado en polvo, cuyos vapores respiré en abundancia, sin experimentar en los bronquios la irritación sofocante que comunmente determina en estos. Su eficacia fué de una rapidéz admirable, pues la mejoría fué casi instantánea; en menos de media hora se restableció la circulación, la cara se puso colorada un sudor natural cubrió la piel, el desórden del tubo digestivo desapareció, y una hora después á pesar de la determinación contraria que había tomado, hacia mi comida de la tarde, cuya digestión fué tan fácil como en las condiciones mas favorables de salud.

«Desde entónces no cesé de cargar la atmósfera de mi habitación de vapores sulfurosos, y en ellos encontré siempre la rápida cesación de todo malestar, de todos los síntomas de infección colérica que experimenté aun várias veces durante el curso de la epidemia, cuya terminación me indicaron, por decirlo así, los accesos de tos violenta que provocó de nuevo la inspiración de los vapores sulfurosos, como si la economía hubiese debido perder su tolerancia por una medicación vuelta ya inútil.»

«Este medio fué tambien muy eficaz en un jóven acometido súbitamente de síntomas de invasión: su pulso pronto se puso casi inperceptible, la palidez de su cara cadavérica; sobrevinieron repetidos vómitos, pero se contuvieron después de algunas inspiraciones de vapores de azufre, y no había transcurrido una hora cuando el enfermo se hallaba tan completamente restablecido, que aseguraba que tenía hambre, sensación muy rara después de vómitos tan recientes».

«En la misma época el cólera hacia sus estragos en Argelia y sobre todo en Philippeville y por consejo mio, dos familias de dicha ciudad usaron como tratamiento preservativo ó profiláctico las fumigaciones sulfurosas y mientras el azote asiático hacia víctimas en todas las casas, las expresadas dos familias gozaron de una inmunidad completa».

Ya en Alemania habían empleado antes que M. Canolle el azufre en forma de pastillas y de vapores.

El Dr. Lorié, de Pontlevoy, que afirma que la *flor de azufre parece que goza de una verdadera virtud específica contra el cólera*, cita entre vários casos el siguiente. «El primer enfermo á quien lo administré se hallaba redu-

cido al estado mas deplorable: cara cadavérica, piel fría cubierta de un sudor glacial, pulsaciones apenas sensibles, ligeros latidos del corazón, voz casi extinguida, calambres dolorosos, supresión de orina, las deposiciones y vómitos se habian contenido después de transcurridas tres horas desde la invasión, que habia comenzado con deposiciones y vómitos abundantes. M. Lorré administró, dice, cerca dos gramos de flor de azufre de cuarto en cuarto de hora; una hora y media después el enfermo se hallaba curado. El autor de esta nota añade: «Acabo de recibir una carta de mi hermano que me participa que, desde que se emplea la flor de azufre, la mortandad que era espantosa, se ha detenido repentinamente. En los alrededores de Chatillon es principalmente donde se ha hecho el experimento, y los resultados son tan felices, que únicamente se administra ya la flor de azufre sola, aún en los casos mas graves.» (Extracto del *Journal des connaissances médico-chirurgicales*, Octubre de 1849.) Hé aquí pues también algunos hechos que, á lo menos, parece que militan en favor del azufre.

Ahora hagamos la apreciación práctica á que nos conduce muy naturalmente la lógica de los hechos. Se ha visto, por una parte, que el mercurio ha preservado y curado del cólera, pero no específicamente; ya haya sido introducido en la economía por las vias respiratorias ó por las digestivas y cutáneas. Por otra parte se ha demostrado que los vapores de azufre ó el azufre respirado en estado de polvo muy fino é invisible, ó también tomado por las vias digestivas, igualmente han preservado y curado del cólera, tampoco específicamente. Sin embargo parece que estos dos medios han producido mayor eficacia curativa y profiláctica que todos los demás empleados en Europa por espacio de mas de veinte años.

Sentado, establecido y demostrado esto claramente, solo falta combinar estos dos agentes eminentemente activos, que no son incompatibles, y obtendremos probablemente efectos mucho mas ciertos, mas pronunciados, y tal vez un remedio de un poder terapéutico muy grande.

Puede pues, creerse y esperar que un agente poderoso que ya ha sido eficaz en sus dos elementos doblará su poder medicinal en su síntesis, que, por otra parte, conserva la naturaleza química de sus principios constitutivos.

Propongo, pues, como remedio nuevo, tanto curativo como profiláctico el sulfuro rojo de mercurio (cínabrio) en fumigaciones por las vias respiratorias; y el sulfuro negro de mercurio (etiope mineral) por las vias digestivas á título de medicamento auxiliar.

Como parece cierto que el virus colérico entra en estado aeriforme en la economía por las vias respiratorias, es racional, me parece, el atacarlo por las mismas vias, y el administrar el remedio en estado de vapor. á fin de que, respirado bajo esta forma, obre directa y prontamente en la sangre para curar la intoxicación virulenta, casi del mismo modo como obra sobre ella el oxígeno del aire para purificarla y darle nueva vitalidad.

Por otra parte como los efectos del cólera son á menudo prontos y fulminantes es preciso también un remedio que obre instantáneamente y que hiera como el rayo y mate el virus animado que es la causa del espasmo colérico.

Un agente terapéutico, en estado de vapor, que fuese, supongo, el remedio específico contra el cólera podría tal vez serlo también contra los otros tifos y contra la mayor parte de las demás enfermedades virulentas, contagiosas con intoxicación hemática. ¿Y quién sabe si la misma calentura tifoidea que es una enfermedad general de intoxicación sanguínea, si fuese verdaderamente contagiosa como se pretende que lo sea con frecuencia en los departamentos no cedería también á este nuevo remedio? No habría tal

vez motivo para que esto no sucediese, si ella fuese una enfermedad virulenta contagiosa, es decir producida por un virus animado: y entonces no sería esencialmente diferente del tifo de Europa.

Se dice que el Dr. Becquerel emplea hoy día contra la calentura tifoidea exclusivamente el sulfuro negro de mercurio, el cual le dá buenos resultados. Que dé otro paso, y ensaye las fumigaciones de cinabrio, primero á corta dosis con las precauciones convenientes

RESÚMEN Y CONCLUSIÓN — El tifo de Asia ó cólera epidémico es producido por un virus animado, como todos los demás tifos, y de consiguiente es como ellos contagioso. Este virus animado se reproduce como todos los seres animados y como ellos deja posteridad, pasando de individuo á individuo, ó permaneciendo por algún tiempo en suspensión en el aire ó pegándose á las materias inanimadas. Los miasmas al contrario, siendo inanimados y produciendo las epidemias no contagiosas, como los miasmas pantanoso, gripal, etc. se destruyen en el individuo y no pueden reproducirse ni viajar como los virus animados. Ya que el virus es animado, es vivo, y por lo tanto puede matarse. Ahora bien, el mercurio mata todos los parásitos, y de aquí procede la inmunidad averiguada en los individuos que se hallan bajo la influencia mercurial.

Como parece que el azufre se halla igualmente dotado de la propiedad de matar los principios virulentos, he reunido estos dos agentes tan eminentemente activos, combinados en el *sulfuro rojo de mercurio*, y lo propongo como un remedio nuevo, á la vez curativo y preservativo del cólera epidémico.

Creo que en virtud de una nueva ley terapéutica que debe dominar todos los tratamientos de las enfermedades virulentas generales procedentes de intoxicación hemática, como todos los tifos y tal vez la calentura tifoidea, debería obrarse directamente sobre la masa de la sangre, administrando por las vías respiratorias, el agente medicamentoso reducido al estado de vapor.

Para el tratamiento en el caso presente, objeto de esta noticia, se arroja á las ascuas polvo de cinabrio, del modo ordinario para las fumigaciones medicamentosas. Podrá construirse tal aparato fumigatorio que se juzgue el mas conveniente y mas á propósito á los tiempos, á las circunstancias, á los lugares y á las personas. Se administrará el sulfuro negro de mercurio por las vías digestivas, á título de medio auxiliar. Tal vez, á lo menos por medida profiláctica, podrá fumarse el cinabrio en cigarrillo ó en pipa, mezclado con algún excipiente apropiado, ó con alguna sustancia balsámica y aromática como benjuí, estoraque, etc., ó quizás también podrán fumarse cigarrillos con papel cinabriado preparado expresamente para esto. *Eaperire.*

NOTA. Algunas páginas de esta noticia, ligeramente modificadas, son sacadas del capítulo del cólera que publiqué en 1849 en mi *Ensayo analítico y sintético sobre la doctrina de los elementos considerados en su aplicación terapéutica*. Remitimos á dicho libro para los detalles del tratamiento general del cólera y de los demás tifos, y particularmente para el tratamiento de la calentura tifoidea. En otra memoria (*De las virtudes terapéuticas de la belladona*), he indicado un poderoso medio auxiliar muy propio para modificar el estado del sistema nervioso, y muy útil para combatir los calambres de los cólericos. Los preparados de belladona son dicho medio.

*Dr. Debreyne.*

En Medicina mas vale la experiencia que la razón, y la razón, mas que la autoridad.

HIPÓCRATES.

El nombre del eminentemente práctico no menos que profundo escritor Dr. Debreyne al ocuparse del cólera, llamó desde luego nuestra atención y visto que sus asertos á mas de ser el resultado de la experiencia venían confirmados por las observaciones de los respetables nombres de Lorient, Canolle, Fromentel, Blaise y otros, no titubeamos un momento, con mi íntimo amigo y estimado condiscípulo Dr. D. Mariano Zamit, en ensayar la medicación sulfurosa contra el cólera morbo, cuyos resultados, que publicamos en la Alianza farmacéutico-médica, vamos á reproducir.

Bajo ambos aspectos ensayamos, pues, la expresada medicación en la epidemia del cólera morbo asiático padecida en esta ciudad en 1854, y en vista de los buenos resultados obtenidos, estábamos resueltos á proseguir con ella en todos los casos que se nos presentasen, pero al ver que las familias se resistían por el temor de que los enfermos no muriesen ahogados ó asfixiados, temor que sostenían y abultaban los vendedores de pretendidos específicos y de preparaciones para fumigar arregladas según su capricho y con un fin puramente lucrativo, y mas aun tal vez por ser un tratamiento nuevo no preconizado ni ensalzado en los periódicos, cual lo fué el sin número que se pusieron en uso por el descarado charlatanismo con el resultado de todos conocido; por cuya razón nos vimos obligados á desistir de nuestro intento, lo que no hubiéramos hecho si hubiésemos podido lograr que se generalizase, pues entónces la multitud de sus buenos resultados seguramente hubiera acallado la voz del charlatanismo descarado y de la especulación infame, no dando lugar tan fácilmente á que la muerte de algún enfermo hubiese podido achacarse maliciosamente á una medicación tan racional dirigida contra la causa, sino cierta á lo menos muy probable del cólera morbo asiático

No obstante la oposición que se nos hacia, en una noche de las mas aciagas de aquella epidemia fueron invadidas casi por completo todas las habitaciones de dos casas situadas en dos distintas calles de la demarcación médica que se nos tenía confiada, resultando un gran número de atacados de los cuales fallecieron cuatro en pocas horas, y aprovechando aquel momento de terror de que se hallaban poseídos aquellos infelices, mandamos practicar en nuestra presencia, fumigaciones sulfurosas que inundaron de ácido sulfuroso aquellas escaleras, siendo tan satisfactorio el resultado que no hubo mas invasiones en dichas casas y que los restantes atacados se salvaron todos.—El espíritu de aquellos moradores se reanimó, declarándose muchos de ellos partidarios de la medicación sulfurosa, pues no dejaron de practicar diariamente fumigaciones sulfurosas en sus habitaciones.

Cuando en la epidemia del mismo cólera morbo que en 1865 afligió por

tercera vez á nuestra ciudad, vimos que las fumigaciones sulfurosas domésticas y hasta vecinales, ó por toda la población, repetidas con constancia y tino necesario, que en 1854 fuimos los primeros en aconsejar (1), fueron mandadas practicar por órden del Gobierno Superior, aconsejadas por nuestra Academia de Medicina y Cirujía (2) y recomendadas por varios de nuestros profesores, algunos de los cuales no dejaron de prescribir el uso interno del azufre, como preservativo del cólera morbo asiático, nos hicieron creer que por fin habia sido juzgada favorablemente la eficacia de la medicación sulfurosa, y esta creencia corroborando la que tuvimos en las aserciones del Dr. Debreyne, en las observaciones de los distinguidos prácticos que las confirmaron, nos animaron á proseguir los ensayos, con la medicación sulfurosa, que tuvimos que suspender en 1854 por los motivos que hemos expuesto ya al hablar de la epidemia cólerica de aquel año.

En diez y siete casos de cólera grave, bien caracterizado que tratamos administrando el sulfuro negro de mercurio (etiope mineral) á la dosis de cinco centigramos con cincuenta de azúcar cada hora, ó cada media, según la intensidad del mal, manteniendo al mismo tiempo los enfermos en una atmósfera cargada de ácido sulfuroso, y sustituyendo las fricciones recomendadas por el Dr. Debreyne, por las del amoniaco con la tintura de cantáridas, ó bien por las de esencia de trementina (aguarrás), perdimos solo tres enfermos. Aun cuando este número es algo crecido, creemos lo hubiera sido mucho más, atendida la gravedad del mal, si hubiéramos empleado otra medicación.

A la verdad, si bien, como hemos dicho, perdimos solamente tres enfermos de los diez y siete sujetos al tratamiento sulfuroso, con la franqueza que nos distingue debemos decir que no pudimos observar en ninguno de ellos los rápidos ó repentinos efectos que obtuvo consigo mismo el Dr. Canolle, lo que podría ser debido á no haber empleado nosotros para las fumigaciones por de pronto una cantidad de azufre tan crecida como él, ó bien de hallarse nuestros enfermos en un estado mas grave ó en periodo ya mas avanzado de dicha enfermedad, ó bien tal vez, por no poseer estos aquella serenidad, aumentada en Canolle por la convicción ó esperanza del remedio.

Razones que no se ocultarán á nuestros lectores hicieron que solo aceptásemos del método del Dr. Debreyne el uso interno del sulfuro negro de mercurio (etiope mineral), y reemplazáramos las fumigaciones del sulfuro rojo de mercurio (cinabrio), propuestas por dicho profesor, por las del azufre sublimado recomendadas por el Dr. Canolle.—Ya hemos dicho la dosis á que administráramos el sulfuro negro de mercurio (etiope mineral).

Las fumigaciones las practicábamos primeramente arrojando el azufre sublimado directamente sobre las ascuas, pero mas tarde nos pareció mejor poner el azufre en una pequeña cazuela, encendiéndole para colocarlo en seguida muy inmediato al enfermo.—Hoy colocaríamos la pequeña cazuela sobre de otra mayor llena de arena húmeda.

(1) Con mi amigo y condiscipulo Dr. D. Mariano Zamit.

(2) La combustión en altas horas de la noche sobre las plazas y encrucijadas del casco de la ciudad, en grande escala, con algunos kilogramos de azufre; la misma operación en menor escala dentro de las habitaciones, y el uso interior á parcas dosis, de algunos centigramos del propio azufre sublimado, diariamente por los moradores de las ciudades amenazadas, sin perjuicio de todas las medidas de higiene pública que la experiencia tiene sancionadas, no pueden comprometer ni remotamente la salud del vecindario, y quizás fuera un principio de experimentaciones utilísimas para el día, que no puede estar muy lejano, de la sustanciación del gran proceso que las naciones mas civilizadas, con la Inglaterra al frente, están formando de algunos años á esta parte al cólera morbo asiático. (*Dicémen pasado en 19 de Agosto de 1866 al Sr. Gobernador Civil de la Provincia.*)

La operación la repetíamos cuantas veces era necesaria á fin de que la atmósfera que rodeaba al paciente estuviere siempre suficientemente saturada de ácido sulfuroso.—Las fumigaciones también las hacíamos profilácticas en los demás aposentos de la casa.—La cantidad que empleábamos era de treinta gramos cada vez.

El Dr. Blaise al dar cuenta de los buenos resultados que ha obtenido en su práctica de las fumigaciones sulfurosas, como medio profiláctico y curativo del cólera, dice que en vez de arrojar sobre las ascuas azufre lavado para administrar aquellas, lo que ofrece el inconveniente de tener que repetir muy á menudo la operación para lograr algun efecto, propone un medio que ha ensayado y que consiste en mezclar partes iguales de azufre lavado y nitrato de potasa con cantidad suficiente de mucilago, y hacer trociscos de un cierto volumen para obtener una combustión bastante duradera, con cuyo medio los vapores sulfurosos se desprenden con mas regularidad y menos incomodidad, pudiéndose obtener grandes resultados, si como lo cree, el cólera es producido por un virus animado como lo afirma el Dr. Debreyne.

No dudamos que los trociscos propuestos por el Dr. Blaise, cumplen el objeto de que el enfermo se halle constantemente envuelto en una atmósfera de ácido sulfuroso, cuyo medio ya ensayamos en 1865 y que no dejaríamos de usar, si desgraciadamente se nos presentase nueva ocasión, que de veras no deseamos.

Nuestro amigo el Dr. D. Estéban Quet (1) nos hizo observar en aquel entonces que los trociscos ó mejor los *clavos sulfúreos*, se pueden muy bien preparar sin la intervención del *nitrato potásico*, el cual, nos dijo, que tan solo lo emplearía en la preparación de *clavos sulfúreos cinabriados*, que en nuestro concepto no tendrían los inconvenientes de las fumigaciones del cinabro propuestas por el Dr. Debreyne,—para producir con él una mayor temperatura que facilite la volatilización del cinabrio, pues de lo contrario el azufre arde deflagrando continuamente, fijándose además una gran parte á la potasa libre en la descomposición del nitro—en estado de ácido sulfúrico.

Las fórmulas que el Dr. Quet nos propuso son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Clavos sulfúreos.

Flor de azufre. . . . . 6 gramos  
Mucilago de goma arábica. . . . . c. s.  
Hágase un trocisco de forma cónica.

2.<sup>a</sup> Clavos sulfúreos cinabriados.

Flor de azufre. . . . . 4 gramos 50 centigramos.  
Nitrato de potasa. . . . . 1 gramo.  
Cinabrio. . . . . 50 centigramos  
Mucilago de goma arábica. . . . . c. s.  
Hágase un trocisco de la forma dicha.

Para la profilaxis del cólera aconsejamos tanto en 1854 como en 1865 á nuestros clientes el azufre sublimado al interior á la dosis de cuarenta centigramos dos veces al dia, y las fumigaciones con el mismo azufre en todas las habitaciones de la casa, y no recordamos que ninguno de aquellos que siguieron nuestros consejos, enfermase de gravedad, y esto que las habitaciones no todas reunian las mas precisas condiciones de salubridad.—Las fumi-

(1) Actualmente Catedrático y Decano de la facultad de Farmacia de Santiago.

gaciones se hacían diariamente, ó mejor dicho tantas veces cuantas eran necesarias para que sus moradores respirasen continuamente ácido sulfuroso.

Es cierto, ciertísimo que el ácido sulfuroso se respira en tiempo de epidemia colérica en grande abundancia y sin la menor tos ni incomodidad — Durante las dos citadas epidemias de 1854 y 1865 lo respirábamos continuamente sin que llegasen nuestros bronquios á experimentar daño alguno lo que parece probar que algun cuerpo en suspension en el aire absorbía en gran parte dicho ácido sulfuroso.

El Dr. Fromentel ha obtenido los mas felices y rápidos resultados contra el cólera con el uso de la siguiente fórmula:

Higado de azufre. . . . .	} aa 50 gramos.
Agua destilada. . . . .	

Disuélvase, fíltrese y consérvese en un frasco herméticamente cerrado.

Se emplea á la dosis de una cucharada de café en medio vaso de agua de menta, tomando de esta mezcla una cucharada grande cada media hora, según la edad, la fuerza del enfermo y la intensidad del mal.

Bajo la influencia del sulfuro potásico empleado solo, según el Dr. Fromentel, cesan los vómitos, las cámaras blancas, los calambres, y desaparece la cianosis, aun que sea completa; el pulso imperceptible se eleva rápidamente; el frio glacial de la piel es reemplazado por un calor húmedo y de buen agüero. Advierte el Dr. Fromentel que cuando se presenta la reacción es necesario suspender la medicación ó modificar la dosis según las circunstancias, á fin de evitar los accidentes, que podrían resultar de una reacción demasiado enérgica.—Puede suceder, concluye el Dr. Fromentel que el sulfuro sea arrastrado por los vómitos, no siendo absorbido entónces y que deje por lo mismo de obrar convenientemente; en este caso, siguiendo el consejo del Dr. Julien se debe administrar al principio 1 gramo, 1'20 y hasta 1'50 de ipecacuana, para que, después de un vómito copioso, pueda aprovecharse el momento de descanso, para volver á continuar el uso del sulfuro. Esta práctica ha sido seguida de los mas felices resultados.—El sulfuro potásico administrado con azúcar produce iguales efectos.

Bajo la dirección del Dr. Pasteur se han practicado en el hospital Cochin de Paris ensayos para desinfectar las habitaciones por medio del ácido sulfuroso. Han consistido estos en llenar una sala de aquel establecimiento, herméticamente cerrada, de ácido sulfuroso en cantidad suficiente para desinfectar todo lo contenido en ella, como eran camas, colchones, ropas, muebles, etc.

Diferentes tubos de cristal imperfectamente cerrados por sus extremos con algodón, conteniendo microbios de diferentes formas, resistencia y naturaleza variable, se dejaron en dicho aposento, así como se colocaron entre los dobleces de los colchones papeles azules de tornasol, envueltos en varios pliegos de papel ordinario.

Cerrada la sala herméticamente, como se ha dicho, se introdujo por medio de un tubo de goma el ácido sulfuroso líquido, el cual evaporándose llenó por completo la habitación. Abierta esta al cabo de veinte y cuatro horas, después de bien ventilada, se encontraron completamente rojos los papeles de tornasol y destruidos todos los micro-organismos. Solo ciertos corpúsculos orgánicos ó gérmenes resistieron la acción del ácido sulfuroso, pero es muy probable que se hubieran destruido aumentando la cantidad de dicho ácido.

Puede obtenerse el mismo resultado con mas sencillez y economía em-

pleando cuarenta gramos de flor de azufre por metro cúbico de aire infesto, practicando la fumigación tal como hemos indicado al hablar de las fumigaciones sulfurosas.

En Inglaterra por orden del Gobierno hay brigadas que practican desinfecciones de esta clase siempre que se presentan enfermedades contagiosas. Los gastos de la operación los pagan las familias de los contagiados, cuando estos no pertenecen á la clase pobre. Con dicho medio se disminuyen notablemente los progresos de la propagación de las enfermedades epidémicas.

Al mismo tiempo que el Dr. Pasteur ensayaba en París las virtudes desinfectantes del ácido sulfuroso, en la estación del camino de hierro de Ginebra, los Dres. Fol y Redard practicaban experimentos análogos. Por espacio de cuatro minutos se sometieron á la acción del ácido sulfuroso los virus del carbúnculo y de la viruela, logrando destruir por completo el de esta (1): el del primero se resistió algo mas.

Por los principales síntomas que presenta el cólera morbo asiático, tales como la abundancia de las materias evacuadas, la disminución rápida de la circulación, la casi cesación absoluta de la oxigenación de la sangre en los pulmones, tan bien indicada por la abundancia de sangre negra, la postración radical de las fuerzas, con conservación de las facultades intelectuales, el cólera debido á un virus anfibio, puede considerarse con razón como un envenenamiento, el cual produce un espasmo del sistema trisplánico, que preside las grandes funciones de la circulación general y de hematosis pulmonar tan indispensable para la vida.

El medicamento, pues, que debe buscarse ha de ser el que despierte pronto el ejercicio de dichas funciones. La primera indicación que hay que cumplir es promover la calentura al enfermo, esto es provocar la reacción. Conocido el agente febrifugo se tendrá un camino abierto anchamente para hacer experimentar su influencia al aparato, al órgano que se quiere despertar. Por la experiencia todas esas condiciones nos parece verlas reunidas en el azufre. En efecto, en el cólera la mucosa gastro-intestinal no absorbe, sino que deja escapar todos los líquidos que van á atravesar sus tejidos. La mucosa bronquial, al contrario, conserva toda su integridad, á lo menos la autopsia no ha revelado en ella, que sepamos, alteraciones profundas, y su vasta extensión permite administrar de corrida una dosis fuerte del medicamento. La rapidez de acción de los medios empleados por dicha vía, que todos se dirigen al sistema nervioso, es incontestable, según los hechos diarios que han tenido lugar bajo la influencia de los agentes excitantes ó hipostenizantes.

El azufre introducido en la economía, según Trousseau, produce una excitación caracterizada por un aumento en la frecuencia del pulso y en el calor de la piel y al mismo tiempo se observa que la piel exhala un olor de azufre característico (2).—Las diversas secreciones mucosas se impregnan de ácido hidro-sulfúrico.—Se pretende que el sudor puede adquirir un color tal que tiña en amarillo claro la ropa interior de los enfermos (3).

De lo dicho puede sentarse por conclusión que el uso de los vapores sulfurosos por la vasta superficie bronquial va á despertar inmediatamente la

(1) Muchísimo tiempo hace que en nuestra visita particular usamos las fumigaciones sulfurosas en casos de viruela y estamos contentos de sus resultados, como lo atestiguarían muchos de nuestros clientes.

(2) Esto lo observamos entre aquellos de nuestros clientes que en 1854 y 1865 practicaban con constancia las fumigaciones sulfurosas que les teníamos recomendadas.—En nosotros mismos lo observamos también.

(3) Esto si que no lo hemos observado.

circulación pulmonar por la excitación directa que produce en la mucosa, y por la energía del trisplánico, que aquella dispierta simpáticamente.

Como la cesación de los desórdenes que acompañan al cólera morbo asiático, que revelan tan bien un envenenamiento del sistema ganglionar, no se explica satisfactoriamente por el despertamiento casi mecánico de la circulación pulmonar y de la hematosi, preguntamos: debe considerarse al azufre como el antídoto del cólera, á la manera que lo es la quina del miasma palúdico ó el mercurio de la sífilis? En caso afirmativo, ya no sería la cantidad ni el modo de administrar el azufre, sino su virtud terapéutica directa la que justificaría la rápida acción del mismo.

Creemos, pues, que la medicación sulfurosa debe llamar de un modo especial la atención de nuestros comprofesores, no como un específico infalible, que por desgracia no le conocemos contra tan terrible enfermedad, sino como una nueva arma para combatirle preventivamente; ya que una de las pocas verdades que hasta ahora ha querido enseñar la experiencia en el tratamiento del cólera es que el azufre y sus compuestos, ora en estado natural, como en las minas de azufre y en los establecimientos de aguas sulfurosas, ora en las demarcaciones ó fábricas donde se elaboran sus preparados, crean una especie de inmunidad personal (1). En cuanto á sus virtudes curativas, varios son los autores que las confirman, y dicho está que á su opinión nos adherimos, en tanto más, en cuanto por resultado de nuestras observaciones, pocas pero imparciales, hemos adquirido la convicción de que, *con el uso interior del azufre sublimado, y las fumigaciones sulfurosas á domicilio y en calles y plazas, si la funesta plaga llegara á invadirnos por cuarta vez en mucho podrían aminorarse sus bríos, ya que no cerrarle el paso por completo.*

---

## FÉ DE ERRATAS.

---

Página 7, en la nota, donde dice «manieffestan» debe decir «manifiestan».—Pág. 10, línea 45, donde dice «gris, unguento» debe decir gris, (ungüento.—Pág. 11, línea 8, donde dice «ó dosis» debe decir «á dosis».

(1) Según parece en Marsella el barrio de Mempeuti en donde están enclavadas las fábricas de purificación del azufre, es en donde no ha penetrado la actual epidemia



RF. 16-58 .